

# La Ciudad de las ranas invisibles



**OXFAM** Intermón



Curiosa, muy atenta y un tanto tozuda. Así era Najah, una niña de 9 años, que, gracias al trabajo de su madre, había podido viajar por medio mundo.

Hacia apenas unas semanas, Najah había llegado a Baidoa, una pequeña ciudad de Somalia, en la que algo le había llamado especialmente la atención.

Desde que pisó por primera vez la ciudad, no había dejado de oír ranas, pero, aunque las había buscado por todos lados, no había logrado ver nunca ninguna.

Curiosa como era, Najah decidió descubrir dónde estaban esas ranas invisibles que escuchaba muy flojito, pero a todas horas. Así que se puso a investigar por la ciudad preguntando a distintas personas.



Sigilosa, Najah decidió acercarse a una casa donde, por los croac croac flojitos que oía, debía haber unas cuantas ranas. Pero al entrar: nada, no vio ninguna. Solo un niño y una niña.

Najah les preguntó por las ranas, pero ellos no sabían ni qué era una rana y tampoco escuchaban ningún croac, como decía ella.

El más pequeño aprovechó para pedirle a Najah algo para comer. Tenían mucha hambre. Su madre había salido en busca de alguna cosa, pero cada día volvía con menos.

Najah se lamentó. No tenía nada para darles, pero justo iba a dirigirse al mercado donde, al pasar, le había parecido oír un millón de ranas.

— Aprovecharé para pedir algo para comer a algún comerciante —les dijo.



En el mercado, el ruido de las ranas se multiplicó. Había mucha gente y el croar se volvió realmente ensordecedor.

«¿Cómo puede ser que no logre ver ni una sola rana? ¡Ni-u-na! ¡Si se escuchan unas quinientas-mil por lo menos!», pensó la niña.

Najah se acercó a una panadería a preguntar y de paso pedir un poco de pan para sus nuevas amistades, pero la única respuesta que obtuvo acerca de las ranas fue: —Nosotros también tenemos hambre. Mucha hambre. Debido a la sequía, cada vez es más difícil encontrar harina para hacer pan y la que hay es muuuuuy cara. No podemos pagarla —le explicó la panadera.

—Hace un tiempo presté dinero a un pastor amigo mío, pero él nunca me lo devolvió y allí sigue: en el campo... Entre el préstamo y la subida de precios, no tengo nada para dar de comer a los míos por mucho pan que parezcamos tener.

«El campo...», pensó entonces Najah para ella.  
«Quizás es allí donde se esconden las ranas».

—Iré a verlo —exclamó Najah.

—¿A Hassan? —le preguntó la panadera.

—Bueno, sí —contestó rápidamente Najah, tratando de disimular que ella estaba pensando en el campo y sus ranas. —Si está en el campo, iré a hablar con él.



En el campo, Najah divisó a Hassan a lo lejos, sentado en medio de la nada. Cabizbajo y con la mirada perdida. No se oía ni una rana, pero a medida que se acercó a él, empezó a escucharlas de nuevo.

«¡Qué extraño!», pensó. «¿Serán las ranas un tesoro secreto que nadie me quiere revelar?».

El pastor escuchó la historia de las misteriosas ranas de Najah, pero, lejos de darle ninguna pista, la animó a visitar un médico. —Eso de escuchar ranas invisibles no es muy normal —le dijo—. Si puedes ir a ver un médico: mejor.

Él ya no podía. Debido a la sequía, había perdido prácticamente todo su ganado. Por eso tenía tanta hambre. Y tampoco podía devolverle el préstamo a la panadera, aunque le doliera.

Si su vieja cabra levantara cabeza, quizás podrían encontrar algún pasto, comer un poco, crecer, reproducirse y... volver a ser el pastor que un día había sido. Alimentar a su familia, llevar a sus hijos al colegio... Pero su pobre cabra estaba que no estaba y él tenía hambre.





Mientras lo escuchaba, Najah empezó a pensar algo.  
«El croar de las ranas parecía provenir del estómago  
de Hassan». Estaba casi segura.  
«¿Estaría escondiendo el pastor sus ranas allí?».

Sin un ápice de vergüenza, le preguntó:  
—¿Seguro que no estás ocultando ninguna rana  
debajo de tu camisa?

Levantándosela y con cara de pocos amigos,  
el pastor le contestó: —¡Ve al médico, Najah!

La noche empezó a caer. Era hora de volver a casa.  
«Quizás sí que debería visitar al médico...», pensó Najah.

Cuando, de repente, entre la oscuridad, un nuevo croar  
de ranas empezó a sonar. Cada vez las oía más.

Más y más fuerte. Hasta que... —¡¡¡Béeeee!!!  
—gritó una cabra a quien Najah acababa de pisar.

—¡Perdona! —dijo Najah. Había encontrado a la  
cabra de Hassan. A ella y a decenas y decenas de  
ranas, por los ruidos que escuchaba. Aunque ver,  
solo veía los ojos de la pobre cabra tratando de  
mantenerse abiertos.

—Tengo hambre —le dijo la cabra a Najah muy  
lentamente—. Tengo tanta hambre que no puedo  
ni levantarme. Si pudieras darme algo de pasto  
te prometo que me levantaría, daría de comer  
a mis cabritas y le daría a Hassan todo lo que  
quiere. Pero tengo hambre y... —dicho esto volvió  
a recostar la cabeza y se durmió.



«Hambre, más hambre... y ¡millones de ranas invisibles!», escribió Najah en su libreta al llegar a casa.

«Está claro que la investigación no está avanzando como esperaba. Lo de preguntar a la gente no funciona. Además, estoy conociendo a un montón de personas a las que me gustaría, pero no puedo ayudar. Quizás deba investigar en...».

Najah se dirigió rápidamente a una estantería donde guardaba algunos libros y buscó hasta encontrar uno de ranas. —¡Mañana iré a visitar los pastos de los que me hablaba la cabra de Hassan! —gritó Najah—. ¡Quizás la pobre me estaba dando una pista y no he sabido entenderla!

«No sé por qué, pero tengo la sensación de que, si logro resolver el misterio, podré ayudar a todas las personas que he conocido», pensó.

Y entonces ¡cha chán!, de repente abrió una página al azar y leyó: —Las ranas terrestres hibernan en tierra, a menudo enterrándose bien bajo el suelo para situarse a salvo de depredadores.





Aún no había salido el sol y Najah ya había salido en busca del pasto.

No era un camino fácil. Tenía que andar horas y horas para encontrar apenas unos centímetros de pasto. Y allí, tal y como ella esperaba, también estaban ellas. Croando.

Quizás nadie más las escuchaba aparte de ella, pero para Najah ahora el ruido ya era estremecedor.

Al llegar junto al pasto, Najah buscó en la tierra y, sin lograr verlas aún, preguntó: —¿estáis ahí, ranitas?

—¿Lo oyes? —contestó la Tierra. Najah no esperaba que fuera la Tierra quien respondiera.

—No todo el mundo puede hacerlo —continuó la Tierra—. Algunas personas oyen un croac croac muuuy flojito. Otras, ni eso. En cambio, otras lo escuchan perfectamente, pero hacen ver que no existe... Pero, Najah, siento decírtelo: no son ranas lo que escuchas.

—Espera —contestó Najah apresurada—. Creo que por fin lo entiendo todo. No me lo digas, Tierra: tienes hambre, ¿no?

—Así es, Najah, tengo hambre y sed. Mucha sed.



# ¡Croac!



Un torbellino de emociones rodeó por completo a Najah. Entusiasmo por haber descubierto el misterio; pesar por verse incapaz de enmendarlo.

Como presentía, todo había estado desde siempre conectado: el croar de las ranas, sus nuevas amistades, el hambre... y quizás era justo esa unión la que ahora podría ayudarla a solventarlo.

—¡Croac! —gritó Najah feliz. Había tenido una idea.  
—¡La respuesta está en las ranas! ¡Debemos hacer como ellas! ¡Una temanorfosis! O metatormosis, no sé cómo se llama... Para ser ranas, los renacuajos cambian su forma de vivir, el lugar en el que viven, lo que comen...

Entonces, Najah se dirigió a la tierra y le dijo:  
—Con la sequía que hay, no puedo darte agua como para recuperar todos los pastos. Lo siento... Pero podemos plantar alimentos distintos que necesiten muy poca agua. Cambiar nuestra forma de cultivar... ¡Todos tenemos que cambiar!

—Hassan no puede seguir siendo pastor.  
¡¡¡Pero puede aprender a ser agricultor!!!

Najah hablaba entusiasmada. Tanto que no se percató de la llegada de Hassan, de la panadera ni de los dos hermanos pequeños. Bueno, los hermanos y toooda su familia... Gente de infinidad de pueblos, cercanos y lejanos. Todos llegaban y se ponían a trabajar junto a Najah.

Najah empezó a repartir herramientas entre la gente, les dio semillas y les enseñó cómo plantar de forma distinta. Algunos propusieron arreglar viejos pozos, otros montar invernaderos, crear canalizaciones...

Juntas empezaron a construir el futuro que Najah sabía que podía hacerse realidad.

El croac de las ranas empezó a enmudecer para dar paso a las canciones de las mujeres, a las risas de niños y niñas, a las charlas de los hombres... y la esperanza poco a poco empezó a crecer.

Bueno, la esperanza, los campos de cultivo, los invernaderos, los pozos, las escuelas...



Han pasado muchos años desde que Najah empezó a oír sus ranas invisibles por primera vez. Hoy en día sigue escuchándolas allí donde va.

Para ella, escucharlas ha dejado de ser un misterio. Es algo que ahora la entristece, porque entiende su significado.

Aun así, prefiere tener la sensibilidad de seguir oyendo su croar toda la vida antes de ignorarlas o simular que no existen. De esta forma, puede acercarse a ellas, intentar que más gente las oiga y ayudarlas a acallar su croar.

Porque, aunque muchas personas lo nieguen, ella lo sabe: las ranas invisibles... bueno, (entre nosotros) el hambre tiene solución.

\*Fin



# La Ciudad de las ranas invisibles

no es una historia real. Es un cuento inspirado en personas reales como **Hodan Mohamed**.

Hodan es una mujer de 29 años que siempre había querido ser ingeniera para construir un futuro mejor para su país: Somalia. **Actualmente, es ingeniera de Oxfam Intermón.**



Aunque reconoce que es muy difícil para una mujer hacer su trabajo en un contexto somalí, **Hodan está colaborando en diversos proyectos de recuperación de poblaciones de Somalia, Kenia, Etiopía y Sudán del Sur** (declarados de máxima prioridad por parte de Oxfam ante la catastrófica situación por la crisis alimentaria).

Hodan, como nuestra Najah, sabe perfectamente que **el hambre tiene solución** y se esfuerza cada día por acabar con ella. Como todas las personas que trabajamos en Oxfam Intermón.

Conseguirlo no es imposible, pero tampoco fácil. Por eso, además de Najah, **necesitamos personas como tú**. Personas que crean que la igualdad es el futuro y que nos ayuden día a día a hacerlo posible.

Da un gran paso  
**COLABORA**



“La ciudad de las ranas invisibles” es un cuento de Oxfam Intermón para dar a conocer a niños y niñas **por qué hay zonas de este mundo que siguen sufriendo hambre** y las soluciones que impulsamos para acabar con ella.

En Oxfam Intermón trabajamos con **gobiernos, empresas y organizaciones en más de 80 países** para acabar con la pobreza, y la lucha contra el hambre es clave para lograr la transformación que buscamos. Lo hacemos siempre al lado de las personas que sufren, **ofreciendo herramientas y esperanza.**

Como explica nuestro cuento: **el hambre tiene solución.** Pero para lograrla, **necesitamos personas como Najah y como tú** que nos ayuden a hacerlo posible.



Cuento de Marta Quirant  
Ilustraciones de David Rendo  
Diseño de Estefanía Madrid



**OXFAM**  
Intermón

900 22 33 00  
OxfamIntermon.org



OxfamIntermon